

EXPEDICION VASCO-NAVARRA

ANDES DEL PERU 1967

Por ANGEL V. ROSEN

Casi han pasado cinco años desde que en un día de Abril, en Santurce, comenzaba para mí y mis compañeros de Expedición la mayor aventura montañera que hasta entonces habíamos vivido.

Posiblemente los pequeños detalles se me escapen debido al paso del tiempo, pero lo que no me cabe duda es que, lo que tiene importancia, los momentos trascendentales de la Expedición Vasco-Navarra de 1967 a los Andes Peruanos, están aún en mi mente, como si hubiera sucedido ayer.

Tengo que confesar, que cuando me han pedido que escriba algo sobre la expedición me ha dado un poco de pereza, pero también he pensado que de ello no se había escrito nada, y que, a pesar de que la mayoría de los montañeros vasco-navarros estaban más o menos al corriente de los pormenores de la expedición, por medio de la película que allí filmamos, he creído oportuno que valdría la pena dejar reflejada en la resucitada Pirenaica.

EN BARCO A PERU

En realidad todo este lío había comenzado un par de años antes de la partida al Perú. Creo, y en esto no intento ser vanidoso, que entre otros, fui de los que llevó parte activa en el proyecto.

La pujanza que entonces estaba tomando el alpinismo en España, unido a que ya habían salido tres expediciones de diferentes regiones nos hizo pensar que también a nosotros nos había llegado la hora. En el seno del G.A.M.E. Vasco-Navarro había en ese momento el suficiente material técnico-humano que garantizase el éxito de alguna cima difícil en una salida extraeuropea.

Y se empezó a trabajar. El caballo de batalla, como todos se pueden imaginar, era la financiación del proyecto. Las dificultades de todo tipo que presentaron no fueron pocas, pero el magnífico equipo que entonces formaban la Federación Vasco-Navarra con el infatigable Pedro Otegui a la cabeza, trabajó de firme y al poco tiempo se entreveía una salida airosa. Lo demás fue más fácil, quedaba por elegir el objetivo al cual nos encaminaríamos. Casi no hubo discrepancias en este punto se pensó en la Cordillera Blanca de los Andes



Campo II al Atunrraju.—La tarde que precedió a la ascensión; de izqda. a dcha.: Landa, Lusarreta, Rosen, Lorente y Feliu. Agachados: Kirch y Olazagoitia.

Peruanos. Esta, aparte del Himalaya, era la región más sugestiva de la tierra, pues allí se encontraban algunas de las montañas consideradas como las más hermosas del globo. También las condiciones climatológicas, excepcionalmente buenas de la Cordillera Blanca reafirmaron nuestra primera intención.

Empezó la correspondencia con todos los alpinistas del mundo que hubiesen estado en dicha Cordillera. Se escribieron más de cien cartas en tres idiomas distintos, y así, poco a poco, íbamos sabiendo cosas del macizo al que nos íbamos a dirigir.

Nos encontrábamos todos inmersos pero ilusionados en los preparativos. El material, la alimentación, documentación, reuniones periódicas de los componentes del equipo, nos robaban nuestro tiempo libre, así que ya había empezado la expedición dos años antes de que, a bordo de un barco alemán, el Berenstein, me hallaba junto con Landa y Feliú y todo el material rumbo al Callao.

Los días a bordo transcurrían sin problemas. Comíamos bien, dormíamos mucho y no hacíamos nada que no nos apeteciese.

Aquello nos venía bien, era un buen descanso que nos hacía mucha falta, pues los últimos días habían sido la locura de trabajo, reuniones, etc.

Observaba alarmado que el cuerpo se aclimataba sin ninguna dificultad a la buena vida (lo cual no tiene nada de sorprendente), pero la mente pierde

su capacidad de trabajo y de resolución, así que por una parte me sentí satisfecho al desembarcar en el Callao, después de 25 días de placentera travesía.

HACIA HUARAZ

Al día siguiente comenzó una lucha a brazo partido con la lenta burocracia Peruana. Teníamos los tres expedicionarios la misión de salvar los trámites aduaneros precisos y poner el material en Huaraz, pueblecito este situado a 500 Kms de Lima y al pie de las montañas que íbamos a ascender.

Para estos trámites contábamos con casi un mes de adelanto sobre el resto del equipo, y puede que a algunos les parezca mucho tiempo. Pero si alguien se ha visto alguna vez en una situación parecida allí en Perú, sabrá que es casi preciso un milagro para lograrlo.

El enumerar las idas y venidas, las gestiones y entrevistas y las larguísimas esperas para las contestaciones, sería inútil y aburrido. Aproximadamente 20 días después de nuestra llegada nos encontrábamos a caballo de un viejo camión en el que iba toda nuestra impedimenta, además unos cientos de cajas de zapatos que el astuto camionero había metido. Todo ello, naturalmente, sin contar con nosotros, que éramos quienes pagábamos todo el transporte. Pero el camionero era simpático y no discutimos la cuestión.

A pesar de las protestas del conductor, le convencimos para hacer el viaje de día (él siempre iba de noche). Luego nos pesaría en el alma, y más en el cuerpo, pues el calor que hacía era para achicharrar a cualquiera.

Salimos de Lima hacia el Norte, por la Pan-Americana, e incluso el viejo cacharro corría. El mar, siempre a la vista y con una fresca brisa que de él venía, nos hacía suponer que la idea de ir de día había sido excelente, y que íbamos a gozar de una magnífica excursión. Aquello duró muy poco.

El camión se desvió hacia la montaña. Comenzaba la pista, esto es, un lugar en que a fuerza de pasar vehículos, más o menos por el mismo sitio, habían marcado una huella medianamente practicable. La pista, como una serpiente, trepaba por la ladera de una montaña y en pocos kilómetros, escalofriantes, se plantaba a una altura de 4.200 mts. Si a esta altura se une el sofocante calor y el constante miedo de caer de un momento a otro por una cerrada curva, a nadie le extrañará que, lo que suponíamos iba a ser una agradable excursión se convirtiera en un calvario en que las vomitonas se alternaban con violentos escalofríos.

Abajo, como en un agujero, nacía el océano, que luego se perdía en el horizonte, y al frente sobre la puna, por primera vez aparecieron ante nuestros ojos, los Andes, desdibujados en la lejanía, pero inmensamente blancos, inmensamente grandiosos. Supongo que más adelante tendrá más tiempo de ocuparme de ellos.

Entrábamos en la altiplanicie, en la puna. Me gustaría escribir mucho sobre la puna y su mágico misterio, pero temo que esto se alargue y se haga un rollo. El indio, nuestro camionero lo era, pasa rápido por la puna, nunca se detiene más de lo necesario, y no voy a decir que le tenga miedo, pero sí un



Marcha de reconocimiento al Uchurraju.

reverente respeto. El sabe que allí vagan los espíritus de sus antepasados que cayeron en desgracia, o no se presentaron debidamente ante sus dioses. Dicen las leyendas de los pueblos pre-incaicos que en la noche pueden oírse los lamentos de las almas errantes, que esperan algún día la total expiación de sus culpas y que sus distintos dioses, Chavín, Tihupanaco y un sinnúmero de ellos más, se apiaden de sus almas.

A mí todo aquello no me causaba más impresión que la que pueden ofrecer a mis ojos el contemplar la más desolada sensación de vacío, de la nada. La naturaleza allí se mostraba con una crudeza sin igual. Y que conste que no había nada de irreverente en mi muy material contemplación, sino que, simplemente, creo que no estaba preparado para asimilar toda la cultura socio-religiosa de aquellas antiquísimas civilizaciones.

Ahora el camión había aumentado la velocidad y un aire fresco que venía de los "nevados" nos daba en la cara. Volvíamos a encontrarnos a gusto. De vez en cuando cruzábamos con algún otro camión que hacía las veces de au-

tobús de línea entre los diferentes pueblos. Los indios apilados en la parte de atrás, se sujetaban el sombrero con sus manos, y ponchos multicolores flotaban al viento.

Al cabo de 16 horas de marcha, llegamos a la capital del departamento de Hancas, Huaraz, nuestra meta por unos días. Allí, y hasta la llegada de nuestros compañeros, teníamos que buscar un lugar donde almacenar las dos toneladas de material, preparar las cajas y contratar los portadores, así como encargarnos de preparar la expedición de acémilas hacia el campo base.

Tuvimos la suerte de encontrar el mejor lugar que podíamos desear, para dejar y preparar nuestras cajas. Por medio de una serie de contactos, fuimos a parar al museo de Huaraz, su director, un viejo andinista, el Padre Soriano, nos acogió con entusiasmo y puso a nuestro servicio una gran sala que tenía vacía, disponiéndolo todo por que nos encontrásemos como en nuestra propia casa. Y la verdad es que así fue. El museo tenía fama de ser el mejor y más interesante lítico de toda Sud-América. El Padre Soriano, a lo largo de 40 años, lo había montado, sólo con su esfuerzo y con una devoción encomiable. Aquella era la obra de su vida, de la que podía sentirse satisfecho. Las estatuas de dioses y guerreros descansaban en un hermoso jardín, al sol y al aire entre hermosas flores y con el fantástico fondo de los picos nevados de la Cordillera recortándose en un siempre cielo azul. Me hubiese gustado quedarme mucho tiempo allí y aprender en aquellas piedras y huacos la apasionante historia pre-incaica.

Sin embargo, los motivos de nuestro viaje eran otros muy distintos. A los pocos días llegaba a Lima, por avión, el resto de los expedicionarios. Echamos a suertes a quién correspondía el placer de hacer otro desplazamiento de ida y vuelta hasta Lima, para recibir a nuestros compañeros. Me tocó a mí y me preocupé mucho de que esta vez el viaje fuera de noche.

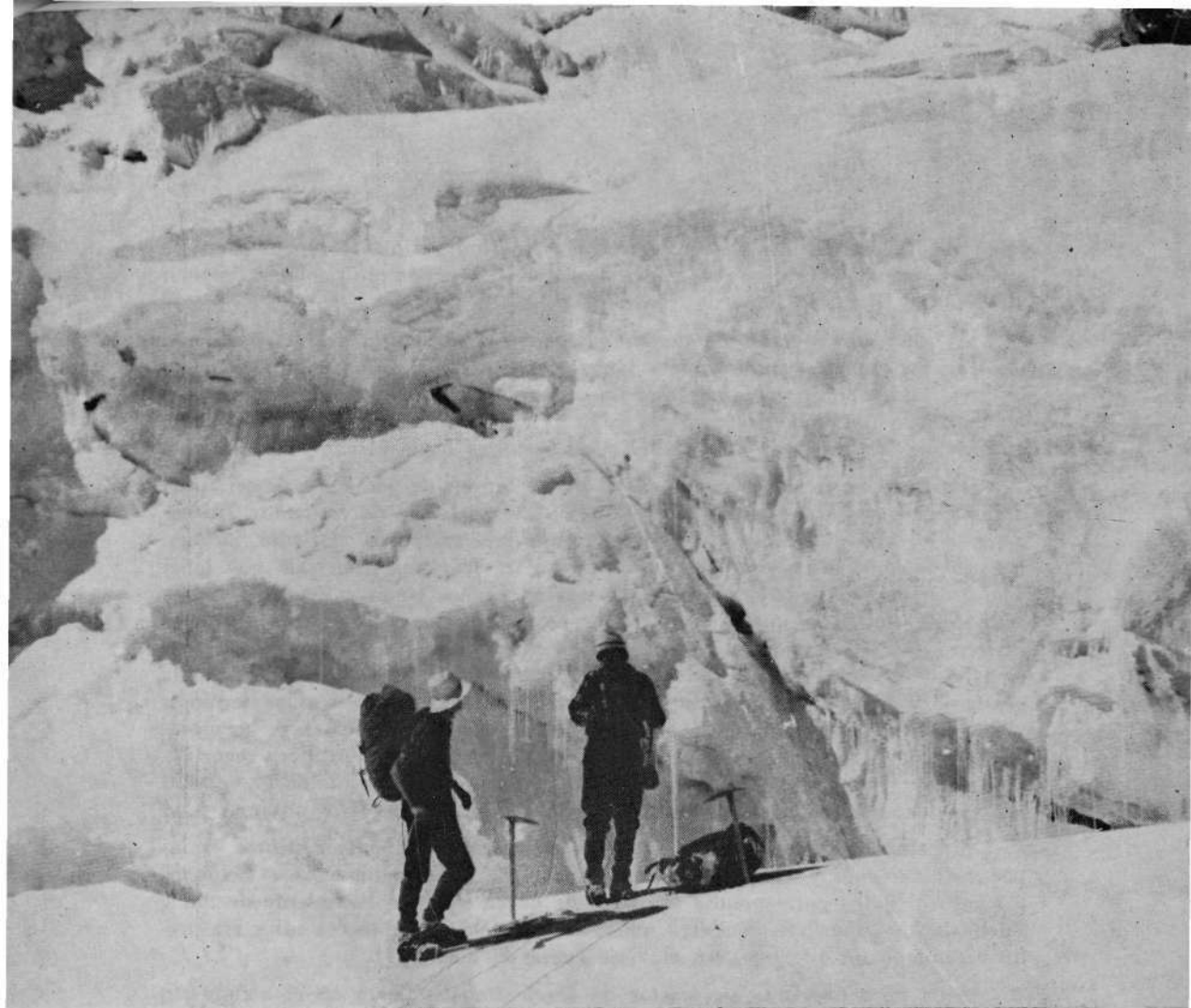
A la hora prevista, un reactor de Iberia tomaba tierra en el aeropuerto Chávez de Lima. En él venía Juan Ignacio Lorente, jefe de la Expedición, Francisco Lusarreta, Rodolfo Kirch y Luis María Sáez de Olazagoitia. Tenía mis dudas respecto a J. Villar, y, desgraciadamente, a última hora, no pudo venir, pues su pierna rota en los enfrentamientos que hicimos un año antes en los Alpes, aún no se había recuperado. Julio Villar había sido uno de los motores de la expedición y estaba entusiasmado con el proyecto, posiblemente, más que el resto de nosotros. Una ausencia que todos sentimos profundamente.

Al día siguiente, estábamos otra vez, camino de Huaraz, al que llegamos con algunas horas de retraso sobre lo previsto. Cuatro pinchazos y el radiador roto.

CAMINO DE LA MONTAÑA

Ya estábamos todos reunidos, después de un par de días en Huaraz, donde ultimamos algunos detalles, y ya nos dirigíamos hacia nuestras montañas.

Una polvorienta pista conducía a Viscos a través de unos 30 kms. Siempre sobre nuestras cabezas, los gigantes Andinos de los que tanto había oído



Glaciar del Chinchey. Entre seracs.

hablar. El Huascarán, imponente, inmenso y que a pesar de la gran distancia que nos separaba de él, nos parecía gigantesco, como si se nos cayera encima. A su lado, el Chopicalqui, más pequeño, pero más gracioso, con su cima piramidal y siempre una nubecilla rodeándolo. Más a la derecha aparecían los Huandoy, cuatro puntas muy próximas saliendo de la base de la montaña, y también muy grandiosas y bellas.

Llegamos a Vicos a media tarde. Este era el último poblado que veríamos en unos cuantos días. El poblado se componía de una veintena de casuchas diseminadas y un campo de fútbol en el que acampamos con permiso del alcalde.

Aquí comenzaba la Expedición. Nos separaban 50 Kms. hasta el lugar elegido como campo base, distancia que pensábamos hacer en dos días de marcha.

Nos levantamos a las 4 de la mañana, ya que suponíamos que ponernos en camino con todo el equipo montado en los burros, no iba a ser nada sencillo.

A pesar de que nos había asegurado que el acemilero era un señor muy formal, a la hora prevista, las 5 de la mañana, no había ni rastro de él ni de sus burros. Ante la impaciencia general y entre los chiquillos del pueblo, que merodeaban curiosos y divertidos, todavía tuvimos que aguardar hasta las 10. hora en que pareció el acemilero Colonia con la mitad de los burros prometidos, y entre los cuales la otra mitad se hallaban en estado tan lamentable, que nos hicieron dudar que pudiesen transportar sin desfallecer, un solo par de botas.

Sabíamos por experiencias que chillar o alegar razones, solía servir de muy poco con los indios. Incluso teniendo en nuestro poder un contrato firmado con Colonia y nuestro porteador Vargas, en que el primero se comprometía, previo pago de cierta cantidad, que en su día pagamos religiosamente, a que dispusiésemos de 50 burros, el día fijado, todo ello firmado ante un cabo de la Guardia Civil Peruana, lo cual nos juró Vargas tenía todo el poder de un acta notarial.

Sin pensarlo mucho cargamos los 20 burros útiles de que disponíamos y dejamos la mitad del material para un segundo viaje.

Posiblemente uno de los momentos más duros de la expedición fue el de hacer andar a nuestros burros. Colonia y sus dos ayudantes no parecía que tuviesen mucha prisa por llegar a su destino, sobre todo si se tiene en cuenta que el alquiler lo pagábamos por días. Abundaban en el camino zonas pantanosas, los burros, a veces, se hundían casi hasta la barriga, entonces, había que descargarlos y tirar de ellos hasta tierra firme. Otras veces se negaban rotundamente a seguir avanzando lo cual Colonia lo encontraba muy normal. Alegaba que los animales estaban cansados y que tendríamos que esperar al día siguiente para que pudieran descansar los animales.

Entre tacos y empuiones íbamos ganando terreno palmo a palmo, con nuestros burros y el material.

Durante unas cuantas horas nos elevamos por fuertes pendientes donde las acémilas resoplaban, nosotros no íbamos mucho mejor. Después, ante nosotros, de súbito, apareció la boca de Quebrada Honda. Era esta quebrada el lecho de un prehistórico glaciar, que retirado ahora, había dejado al descubierto un limpio corte en forma de U perfecta y de proporciones sensacionales. Los lados de la U medían casi un km., y la longitud era de unos 30, al final de los cuales se hallaba el emplazamiento de nuestro campo base. El primer día acampamos en el lugar llamado Vinoyapampa, a mitad de camino, y en el segundo, a media tarde, llegamos al final de Quebrada Honda.

Al comienzo de la marcha del segundo día y en una curva de Quebrada apareció nuestro objetivo.

El momento era solemne, allí estaba la razón por la cual habíamos luchado y trabajado durante más de dos años. Todas nuestras cámaras se dirigieron hacia allí, como si no tuviésemos ocasión más adelante de fotografiar las montañas.

Tres hermosos picos con personalidad propia, pero que formaban un solo conjunto dirigían las flechas de sus cimas al azul del cielo. Eran inmaculada-



Entre Seracs

mente blancas y a la distancia que nos encontrábamos no se veía una sola roca que destacase en la nieve.

Los nativos que se adentraban en la Quebrada Honda, para cultivar la "papa" los denominaban con el nombre de los Picos del Cóndor. Este nombre me parecía bello y muy andino. Si bien, ya en los apuntes y planos de algunos alpinistas denominaban a la cima mayor Atunrraju. Esta palabra Quechua quiere decir Nevado Grande. Nosotros sabíamos de la existencia de estas tres montañas, por indicación de un chileno de origen vasco, Evelio Echeverría, que ya unos años antes había intentado escalar dos de los picos.

El fue quien bautizó al Atunrraju, y ante la imposibilidad de hacer una nueva expedición, nos cedió a nosotros la documentación que tenía de los picos de Cóndor. Nos pidió que respetásemos el nombre de la montaña, aunque todavía nadie la había escalado. Así lo hicimos y le estamos muy agradecidos por revelarnos y poner a nuestra disposición su proyecto.

Con sus 5.987 m. era el Atunrraju la cima más alta que quedaba virgen en América y la nuestra fue la cuarta expedición que la intentaba. Esto de por sí era un buen aliciente, al que había que unir la poderosa personalidad que irradiaba su airosa cima hecha de trazos puros y armónicos, los cuales limitaban paredes y barreras de seracs de aspecto inaccesible.

UN SERIO PERCANCE

Cinco tiendas componían nuestro campo base, una de ellas, la más grande, la destinamos a comedor y almacén de material delicado. El resto de las cajas, de noche eran tapadas con un gran toldo y durante el día hacían un buen papel como mesas y bancos donde comer.

El primer día, junto con Landa y Lusarreta, hacemos un reconocimiento por la base de las cumbres vírgenes. Encima de nuestro campamento, a una hora escasa de marcha y a orillas del lago Yanacocha, encontramos los restos de un campamento japonés, a juzgar por las etiquetas de las latas abandonadas. Los japoneses intentaron sin ninguna fortuna escalar el Pico Mediano y el Grande. Esto fue el año anterior y era la tercera expedición en intentar los Picos del Cóndor. La primera fue americana y los segundos Sud-africanos.

Bajamos a comer al campo base, habíamos entrevisto una posible ruta que llevase a un glaciar superior al pie del Pico más pequeño que es el que primero intentaríamos. Debido a que era en el que menos dificultades preveíamos.

Lorente se encontraba mal, estaba en principio acatarrado y él temía que se le complicase.

Así fue, iba empeorando a pasos agigantados, para el anochecer, estaba verdaderamente mal, a pesar de la continua medicación a que se había sometido. Nadie mejor que él, que era el médico de la Expedición, sabía cómo se encontraba, y nos dijo que posiblemente hubiera que bajarlo. Al día siguiente, Juan Ignacio había perdido casi totalmente el conocimiento y precipitadamente improvisamos una camilla para descenderlo a Huaraz.

Salimos todos con él a excepción de Landa, que tuvo que quedarse a cuidar el campo base. Quedamos en que bajasen a Lorente lo más rápidamente posible, mientras tanto, yo me adelantaba en busca de un helicóptero que habíamos visto en Huaraz. Todos sabíamos que era la altitud lo que impedía recuperarse a Lorente, y que todo dependía de la rapidez en descender a una cota inferior.

Me encontraba fuerte y empecé a correr por la Quebrada Honda hacia abajo, sabía que podía llegar en unas 10 horas a Vicos, esforzándome un poco. A medio camino me equivoqué en mi precipitación y vi cortado mi paso por un río. Desde un principio me pareció difícil vadearlo, pero temía que iba a perder un tiempo precioso desandando parte del camino y buscando el paso bueno. Así que, sin pensarlo demasiado, me desnudé y atando la ropa a una piedra, la lancé a la otra orilla. El río, por aquella parte, no era muy ancho, pero sus aguas heladas bajaban rápidas. No había cruzado la mitad del río cuan-

do la corriente me arrastró. No puedo precisar la distancia que recorrí por las aguas, ni los tragones que me pegué, lo que sí recuerdo es que lo pasé mal, muy mal. Providencialmente, un árbol caído estaba cruzado en el río y en él me quedé enganchado. Estaba a salvo pero medio ahogado, aparte de que me dolía mucho una pierna. Al lograr salir del río vi que tenía un agujero grande y profundo en el muslo que me debía haber hecho con una rama seca del árbol. Corté un trozo de mi camisa como pude y me vendé la pierna. Me quedaba casi la mitad de camino por andar y, desde luego, ya no podía correr, caminaba malamente y me preocupaba la idea de que no pudiese llegar a Vicos.

Estaba entrada la tarde cuando divisé el pueblo y me senté un rato a descansar. No sé si fue el sueño, el cansancio o el dolor lo que hizo que me desvaneciese, lo cierto es que debí estar un buen rato inconsciente. Dos indios que venían en sus caballos me despertaron y les conté mi problema. No me hicieron el menor caso y tampoco me dijeron una palabra. Me sentí decepcionado cuando siguieron su camino y me dejaron allí tirado.

Mi herida no sangraba, pero tenía la pierna fuertemente hinchada. Como pude, casi me arrastré hacia Vicos, al que llegué al anochecer en bastante mal estado. Un coche particular me llevó a Huaraz y rápidamente comencé a hacer gestiones para tratar de buscar el helicóptero. Hablé con el Capitán de la Guardia Civil que me mandaba en aquella zona y me dijo que el helicóptero no estaba en Huaraz. De todas formas, a la mañana siguiente saldríamos a buscar a Lorente.

Me curaron la herida en el Hospital y aunque ésta no era grave, el médico que me atendió me dijo que una semana permaneciese inactivo.

Antes de amanecer al día siguiente, iba en un Land-Rover de la Guardia Civil junto con el Capitán y media docena de guardias. Yo me quedé en el pueblo esperando, y no transcurrieron más de dos horas cuando bajaron todos con el enfermo, que se encontraba bastante mejor por el hecho de haber descendido más de mil metros.

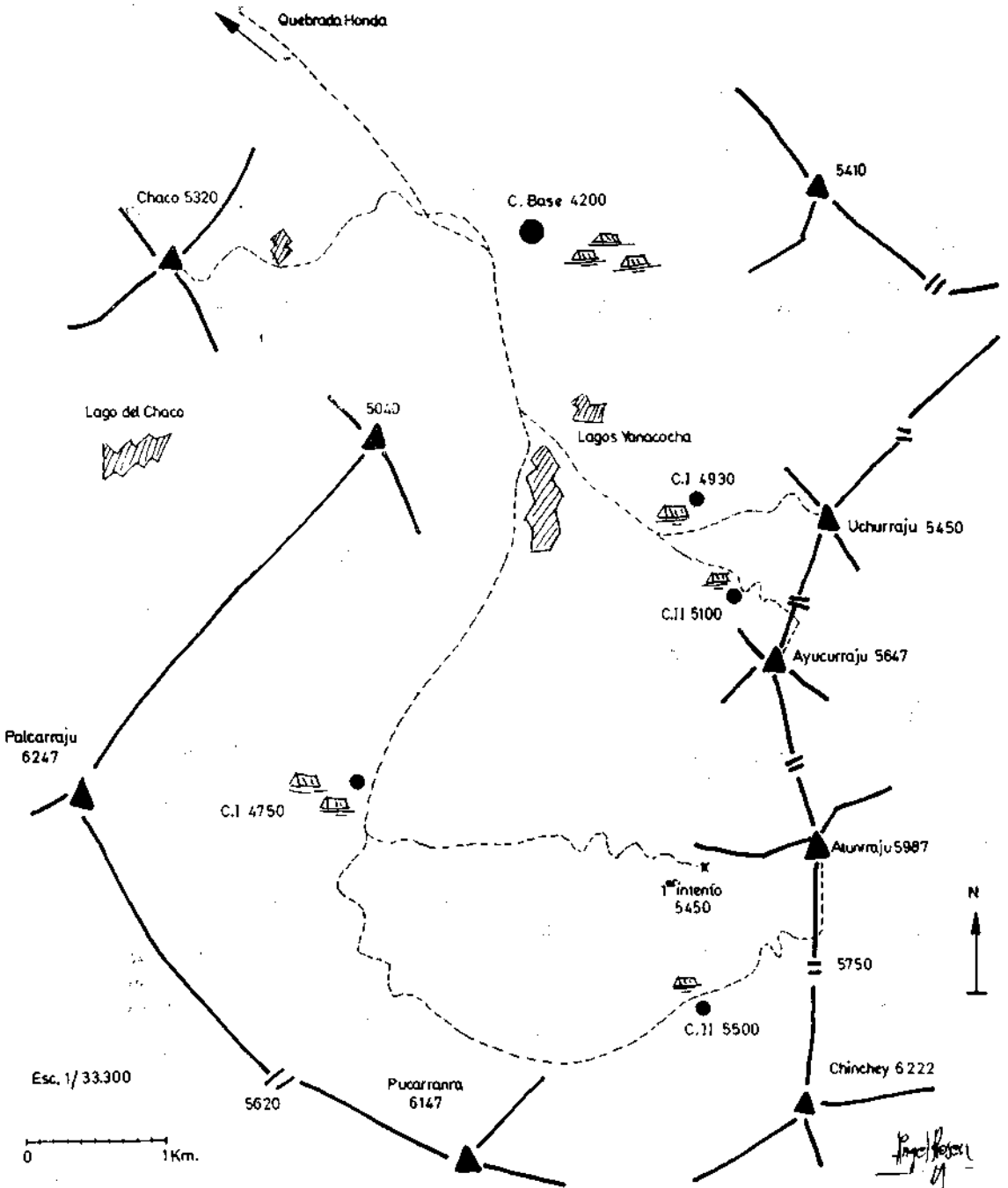
Lorente se quedó en el Hospital recuperándose de lo que calificó el médico de grave bronconeumonía, y Kirch, que también se encontraba algo mal, y yo en el Hotel; los demás volvieron a partir hacia el Campo-base.

UCHURRAJU

Tres días más tarde Kirch y yo subimos el Campo base; Lorente, ya bastante repuesto, pero aún, no en condiciones de poder andar, se quedó en Huaraz.

La verdad es que no esperábamos encontrarnos tan bien. En un día llegamos a las tiendas. Allí sólo encontramos a los dos porteadores. Landa, Lusarreta, Olazagoitia y Feliú están en el campamento 1.º para intentar esa misma noche la cima del Uchurraju, el más pequeño y fácil de la Trilogía del Cóndor.

PYRENAICA



La conquista de la cima, estaba seguro que elevaría nuestra moral un tanto decaída por los últimos percances. Y aquella noche me acosté con gran ansiedad en mi alma. El día siguiente lo pasamos mirando con los gemelos por si veíamos alguna pista de nuestros amigos. A la tarde bajaron, y nosotros esperábamos con impaciencia el que nos contaran cómo les había ido, si habían llegado a la cumbre. No hizo falta que se acercaran mucho para saberlo pues sus caras lo decían todo.

En la media noche del 18 de Junio nuestros compañeros habían logrado la Cima Virgen del Uchurraju de 5.450 m. A la noche lo celebramos como mejor pudimos y nuestros amigos nos contaron cómo había sucedido. El Uchurraju es la más fácil de las tres montañas, como he dicho antes, lo cual no quiere decir que fuese nada sencillo. Presentó grandes dificultades para su conquista sobre todo a causa de incesantes aludes que barrían sus laderas. Fue ésta la razón por la cual su ascensión se realizó de noche, ya que el itinerario a pleno día hubiera sido correr un riesgo innecesario.

AYUCURRAJU

Pasamos cinco días haciendo reconocimientos para atacar la cumbre central, a la vez que íbamos mejorando nuestra aclimatación.

Se llegó a la conclusión que podíamos aprovechar el primer campamento que habíamos montado para subir al Uchurraju, ya que la vía de ascenso al pico central tendría que pasar necesariamente por allí.

El Nevado Chaco, era un pico fácil que estaba encima de nuestro Campo base. Se pensó que desde él veríamos con más precisión el Ayacurraju, lo cual nos podía ayudar mucho en elegir la ruta a seguir. Por otra parte el Chaco, ya subido por una expedición americana, era una cumbre de 5.325 m. Esto ya era para mí un aliciente, pues jamás había subido a esa altura.

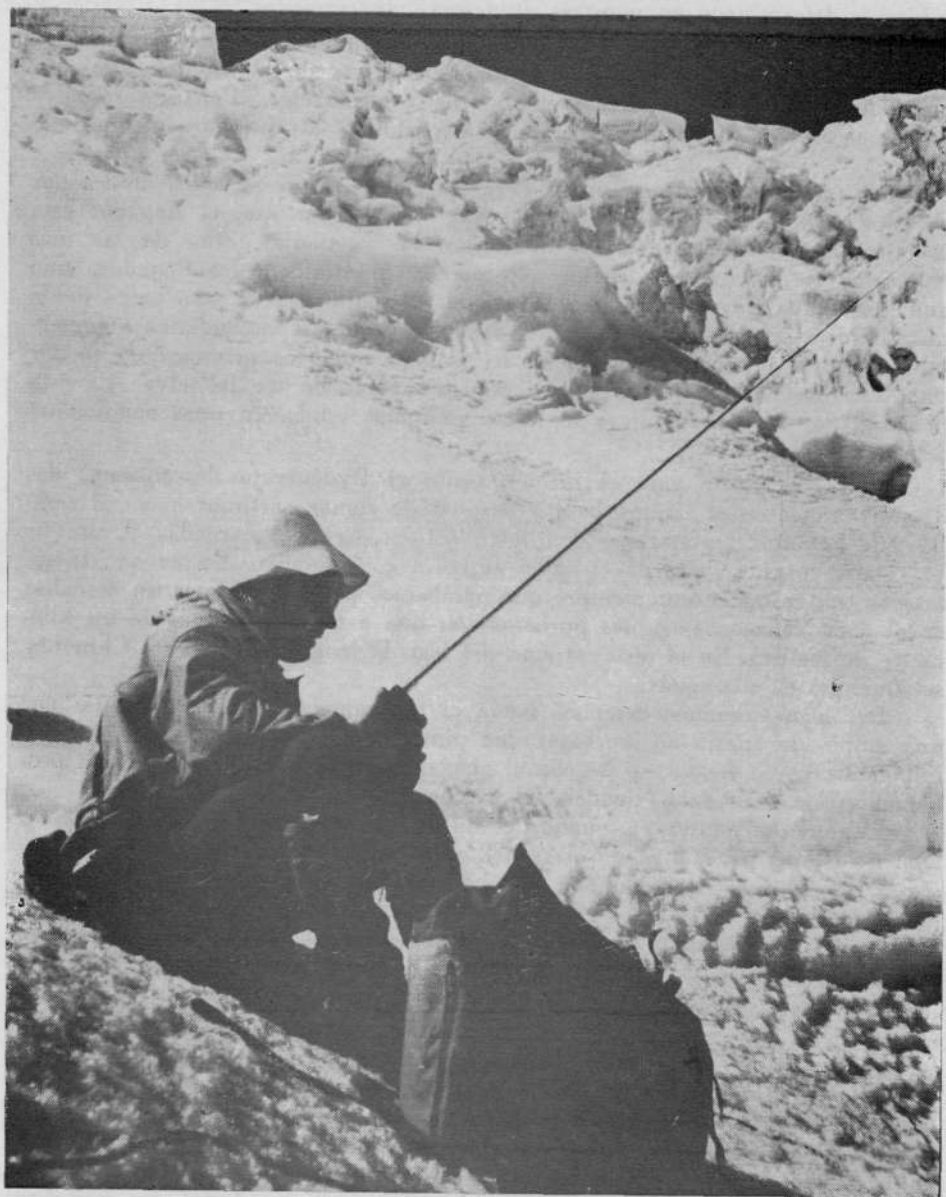
Fue el 25 de Junio. En seis horas de marcha llegamos a la cumbre del Chaco, que no presentaba ninguna dificultad digna de mención, pues ni siquiera empleamos las cuerdas. La subida fue muy bonita y agradable, donde los suaves neveros se alternaban con trozos de roca de poca dificultad.

Al bajar tuvimos la agradable sorpresa de encontrar a nuestro Jefe de Expedición en el Campo base, totalmente recuperado. Había subido junto con Landa y otra pequeña partida de cajas que quedaban en Vicos.

Estábamos otra vez todos reunidos y había suficientes motivos para estar optimistas. Las cosas comenzaban a marchar bien. Esa misma noche empezamos a trazar planes con respecto al Ayacurraju, creímos saber las suficientes cosas de él, como para preparar un asalto serio.

En días sucesivos avituallamos el campo 1.º e hicimos reconocimientos hacia una gran grieta transversal que nos cortaba el camino. También se hicieron reconocimientos encaminados a buscar una ruta factible que nos llevase al Glaciar superior del Chinchey, lugar desde donde podríamos atacar al Atunraju. El camino a seguir no se presentaba nada claro y decidimos concentrar primero todas nuestras fuerzas en el Ayacurraju.

PYRENAICA



Comunicando con el Campamento Base.

El camino a seguir en esta cumbre estaba prácticamente decidido; sabíamos que con pequeñas variantes tendríamos que subir por un lugar que habíamos determinado en nuestras numerosas observaciones.

La ruta que teníamos que seguir presentaba el problema de las avalanchas. De la gran cornisa que formaba la cresta de la montaña, se desprendían con relativa frecuencia aludes de consideración. Por esta razón y de ser posible, determinamos hacer la ascensión y los intentos, siempre de noche.

Las montañas Andinas, en el Perú son muy propensas a los aludes por el calor reinante durante el día. No hay que olvidar que el Ecuador está prácticamente encima. Nuestras montañas, en particular, eran de las más peligrosas en este aspecto y no sólo por la proximidad del Ecuador, sino que más aún, porque eran la última barrera montañosa en esta parte de la Cordillera, y justo en la vertiente opuesta en donde ascendíamos, comenzaba la selva amazónica. Los picos del Cóndor eran los primeros en recibir toda esa bocanada húmeda y caliente que emanaba de la selva. Es ésta la razón por la cual la nieve de estas montañas estaba en unas condiciones detestables.

Antes de partir para el primer asalto al Uyucurraju descansamos dos días completos en el Campo base y después de comer partimos hacia el campo 1.º. Subimos lentamente, con las mochilas bastante cargadas y aunque ya estaba entrada la tarde el calor aún era considerable. Así es que lo tomamos con calma. Como siempre que pasábamos por allí hicimos un descanso en el lago Yanacocha. Aguas purísimas en una extensión de más de un kilómetro de logitud. En el otro extremo del lago la lengua Glaciar del Chinchey se sumergía en sus aguas.

Del lago subíamos derechos hacia el campamento 1.º, al principio por una empinada cuesta de hierbajos que pinchaban las piernas, luego por una imponente pared rocosa, se llegaba al glaciar superior. De allí sin ningún problema se alcanzaban las tiendas del campo 1.º.

Llegamos al atardecer, cuando el sol en un vertiginoso descenso se ocultaba a lo lejos por detrás de otras bellas montañas. Luego la noche vino enseguida, casi sin transición con el día, pues en el Ecuador no existe crepúsculo.

Nuestros porteadores, Vargas y Mautino, que nos habían ayudado a transportar víveres y material, bajaron al Campo base. Nosotros descansamos un rato y hacia las 10 de la noche nos pusimos en camino hacia el pico central.

A la luz de las estrellas comenzamos la ascensión, subíamos por pendientes plateadas al baño de luna y de vez en cuando entrábamos en la sombra oscura que producía algún inoportuno serac. Resultaba agradable, y aunque el frío era intenso, nuestro equipo respondía bien. Nos encontrábamos en la noche, seguros, sin aquel calor asfixiante que teníamos que soportar durante el día y sin escuchar el bramido de continuos aludes que quitaban las ganas de acercarse tan siquiera a la montaña.

Así es que cuando el alba nos sorprendió aquel día lejos de la cumbre y metidos en una fuerte dificultad, sin que por el momento viéramos



salida posible, dejamos unas cuerdas fijas y corrimos hacia abajo. Ya volveríamos.

Otra vez en el Campo base. El Ayucurraju se presentaba tan difícil o más de lo que esperábamos. Decidimos que había que montar un segundo campamento, o subir el que teníamos más arriba, pues las dificultades para llegar a la cima no podían resolverse en una sola noche desde el campo 1.º.

Montamos un segundo campamento y desde allí otra noche cualquiera nos fuimos decididos a vencer el Pico Central. Olazagoitia se quedó en el Campo II para servir de enlace con el Campo Base. Yo iba con Landa, y Kirch con Lusarreta formaban otra cordada. Pronto llegamos al lugar donde la noche anterior nos habíamos retirado. Subíamos rápidamente con JUMARS por las cuerdas fijas que habíamos dejado. Una gran grieta transversal nos hizo perder bastante tiempo, y escalar allí resultaba expuesto. Avanzábamos por donde durante el día se canalizaban las avalanchas que venían de arriba. Allí la nieve era mucho más consistente. Después de superada la grieta una

enorme plancha de hielo de una inclinación impresionante llevaba a la cresta. De la cresta a la cumbre suponíamos que habría pocas dificultades.

Tuvimos mucha suerte al encontrar la "plancha" con la mejor nieve que hasta entonces habíamos pisado en los Andes. De no ser así estoy seguro de que el Ayucurraju nos hubiese vencido. La pendiente de hielo era extrema, casi de 75° en más de 300 m. Sin darnos cuenta, siempre sucede así, las primeras luces del día nos sorprendieron llegando a la cresta que baja de la cumbre. Rápidamente hubimos de resolver la gran incógnita que se nos presentaba. Seguir en pleno día y vernos a la vuelta amenazados por los aludes, o retirarnos rápidamente y estar expuestos a que en otro intento no encontrásemos en tan buenas condiciones la nieve de la plancha, con lo cual sería problemático alcanzar la cota en que nos encontrábamos ahora. Naturalmente optamos por lo más absurdo, seguir. En esta decisión había influido el que estábamos allí representando el montañismo de nuestra región, que muchos aficionados y practicantes de la montaña, tenían puestos sus ojos en nosotros. También pesaba el hecho de que muchas personas, entidades y clubs habían hecho un gran esfuerzo económico para que la Expedición saliese, y no podíamos volver con las manos vacías, o con un triunfo parcial. El Ayucurraju era técnicamente muy difícil. Era un buen presente que traer a nuestros amigos que nos habían ayudado.

Creo que puedo decir, y sin ninguna vergüenza, que si aquello hubiese sido una salida, una ascensión particular con mis habituales compañeros de montaña, me hubiese vuelto tranquilamente y no me hubiese acercado nunca más allí.

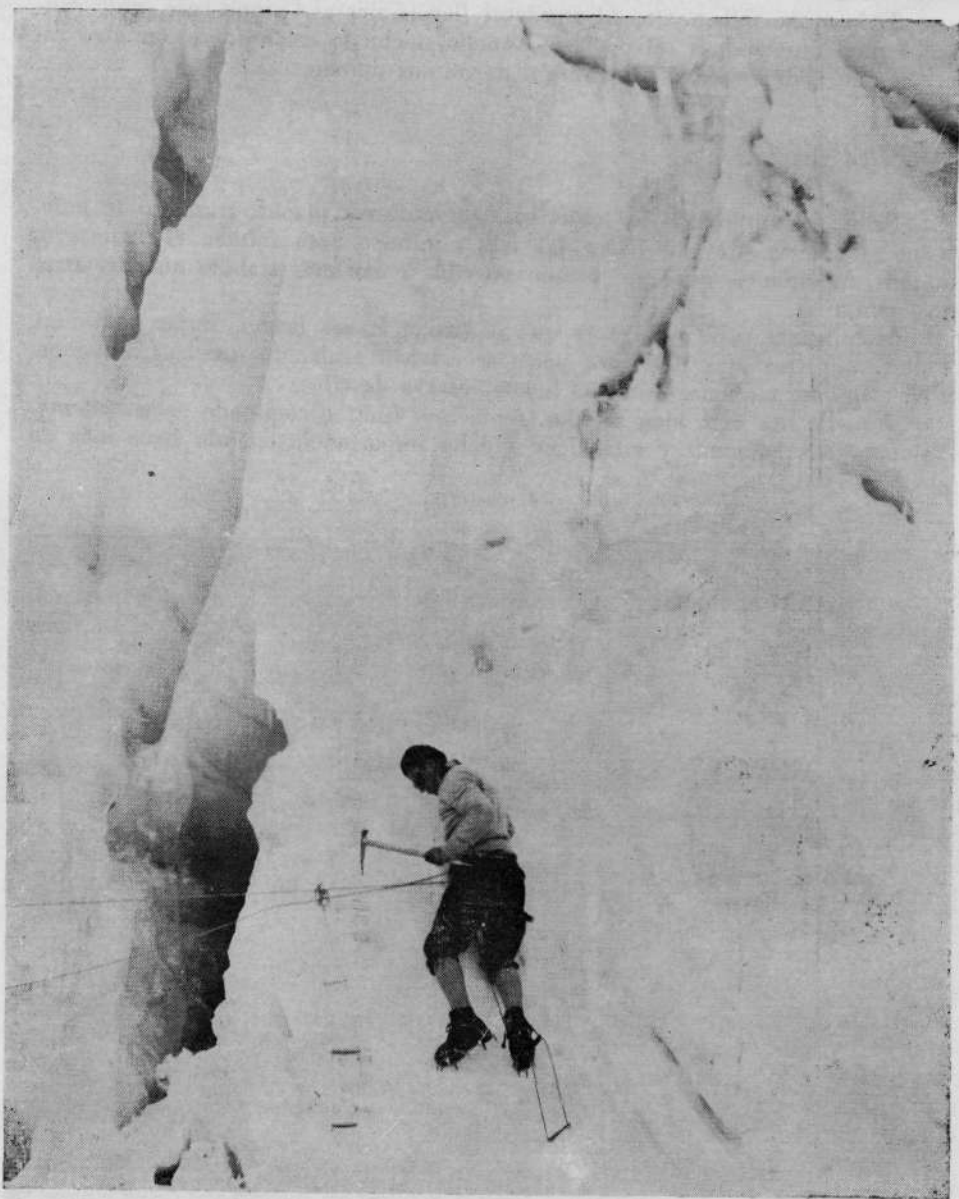
Lo que en un principio supusimos iba a ser una fácil cresta, no lo era tanto. Cuando nos asomábamos al lado de la selva, allí no había quien se tuviese. La fuerte pendiente de nieve, que casi en tres mil metros se precipitaba hasta el fondo del valle, estaba completamente inestable y a pesar de que aún el sol no tocaba esta vertiente nos hundíamos en ella casi hasta la cintura, provocando constantes desprendimientos.

Ni el maravilloso contraste entre las bellas montañas de la Cordillera Blanca a un lado, y el exuberante verdor de la selva a otro, podían sacarme de la tensión nerviosa en que me encontraba. Sabía que el simple resbalón de uno de nosotros precipitaría a los otros tres, que ahora marchábamos atados a la misma cuerda, al fondo del valle muy cerca del Río Ucayali, afluente del Amazonas, el cual veíamos a nuestros pies serpentear perezosamente.

Así, sin más pena que gloria alcanzamos la cumbre del también virgen Ayucurraju, de 5.647 m. Eran las 9 de la mañana del día 30 de Junio. Fue mucha casualidad que Lusarreta conservara en su mochila la máquina fotográfica, ya que, como nuestra primera intención era de hacer la ascensión de noche, prescindimos de las máquinas fotográficas y de las de cine. Nos retratamos recortados en el azul inmenso del cielo, y a nuestras espaldas, muy cerca, la imponente cima triangular del Atunraju.

Había muchos motivos para que me sintiese feliz. Había sido una lucha hermosa con la montaña, que no se rindió hasta su último metro. Pero, a las ascensiones, sé por experiencia, que hay que darlas por acabadas abajo,

PYRENAICA



Rosen en el muro de hielo.

PYRENAICA

y estaba preocupado por aquellos dichosos aludes, que habían empezado a desprenderse.

Todo acabó felizmente. Al atardecer llegábamos al Campo base, muy cansados pero mucho más satisfechos. Aquella noche lo celebramos con algo especial que ahora no recuerdo. Luego dormimos mucho.

ATUNRAJU

Se iban cumpliendo los objetivos. En nuestros planes, trazados de antemano, teníamos previsto hacer las tres cumbres. Sólo faltaba el Atunraju, aunque suponíamos que este último nos iba a dar más trabajo que las otras dos montañas.

Hicimos lo más inteligente que podíamos haber hecho. Bajar a Huaraz a descansar tres días. Por otra parte se estaban acabando nuestros alimentos y en el museo teníamos aún una buena reserva de ellos.

Aquello nos vino bien a todos, repusimos fuerzas comiendo decentemente. También nos bañamos y esto tiene mucha importancia cuando hace más de

PALCARAJU



un mes que uno no lo ha hecho. Por pura casualidad coincidimos con la celebración en Huaraz de las Fiestas Patrias, las más importantes que se celebran al año.

Todos los habitantes lucían sus mejores y más vistosos ponchos y los chiquillos con los uniformes de sus escuelas resplandecían de alegría preparándose para el gran desfile, que era lo más notable de todas las fiestas.

Allí venían en apretadas filas, muy repeinados, con una sonrisa inmensamente blanca en sus caras morenas, y el pecho hinchado, orgullosos y conscientes de la importancia del momento. Sus padres y familiares, apiñados al paso del cortejo, aplaudían frenéticamente.

A pesar de que nunca me habían gustado demasiado los desfiles, aquél, en su sencillez, lo encontré hermoso.

Volvimos al Campo base bastante recuperados y un tanto optimistas con respecto al futuro. Nos habían sentado bien los días que estuvimos en Huaraz. También aprovechamos para subir unos cuantos burros cargados con comida fresca.

Pronto, de nuevo nos pusimos a trabajar y ahora todos hacia el mismo objetivo. Anteriormente ya habíamos hecho unos cuantos reconocimientos alrededor del Atunraju y teníamos instalado un campamento por encima del Lago Yanacocha a 5.000 metros de altura. De allí tendríamos que buscar un acceso al glaciar superior del Chinchey, lo cual representaba un problema que nos preocupaba un tanto.

El tiempo, espléndido en todos los momentos en que nos encontrábamos en los Andes, cambió bruscamente y estuvimos toda una semana inactivos, ya que todos los días nevaba fuertemente. Esto nos contrariaba bastante, pues por un lado la fecha de partida se nos echaba encima y por otro, los alimentos empezaban a escasear, a lo que hay que unir el tedio y la mala gana con que nos encontrábamos, sin poder movernos de nuestras tiendas.

Pero como todo tiene su final, el sol volvió a brillar. Los partes meteorológicos se mostraban favorables y al momento comenzamos a movernos.

Salimos dos cordadas para tratar de buscar la ruta hacia el glaciar superior. Lorente y yo, intentamos abrir el camino por un sitio ya intentado anteriormente y Landa y Kirch se dirigieron por otro lugar diferente a un gran reslate rocoso.

El sitio por el que nosotros avanzábamos no parecía que tuviésemos muchas probabilidades de pasar; era un gran muro de hielo que a modo de cascada se desplomaba desde la gran plataforma que teníamos que alcanzar. El terreno era accidentado, surcado de muchas y grandes grietas entre las cuales amenazaban inestables seracs.

Estuvimos casi todo el día vagando por aquel laberinto, y con muy pocas esperanzas de conseguir lo que nos proponíamos. Cada dos horas nos poníamos en contacto por medio de los radioteléfonos, con Landa y Kirch. A ellos también se les presentaba incierto el asunto, pero ya en los últimos contactos entreveían una salida. En la última llamada nos dieron la gran alegría. Habían forzado el paso y en ese momento habían puesto sus pies



Ascenso al Uchurraju.

en el glaciar del Chinchey. Se había dado un paso importante. Lorente y yo cargamos con unas cuantas cosas que en días anteriores se habían depositado por el sitio en que nos encontrábamos y abandonamos aquel peligroso lugar muy a gusto.

Creo que no me lo había pasado tan mal nunca. Nuestras mochilas podían pesar unos 30 kilos. A las dos de la tarde teníamos un sol incandescente sobre nuestras cabezas y no corría la más leve brisa. La sensación de ahogo era total y el sol se reflejaba en la nieve como en un espejo. En lo sucesivo evitaríamos encontrarnos a tales horas por allí arriba. Esto era, el problema, uno de los más graves que en los Andes encontramos, el calor, aunque paradójicamente estuviésemos rodeados de nieve.

No pasaron muchos días para que colocásemos un 2.º campamento a 5.500 m. de altura. De allí nos lanzaríamos al asalto del Atunraju.

Decidimos hacer todos los expedicionarios la ascensión. Así que después de haber descansado un día en el campo base, salimos al atardecer a pasar la noche al campo 1.º.

Cada vez que subíamos hacia los campos superiores nos costaba menos llegar a ellos, y eso era un síntoma excelente, de que nuestra aclimatación avanzaba satisfactoriamente. El recorrido hasta el campo 1.º, que al principio invertíamos pasadas las cinco horas, al final lo cubrimos en sólo dos.

En este campamento había dos tiendas, una tipo "camello" con cuatro plazas teóricas y otra pequeña de las llamadas vivac, con sólo una plaza.

Allí pasamos la noche los siete, apiñados y sin casi pegar ojo.

Al amanecer, uno de los más bellos que recuerdo de los Andes, salimos hacia el Campo II. El nuevo día se presentó excelente, mucho frío a primera hora y nieblas bajas que flotaban sobre los valles y se deshilachaban alrededor de los seis miles en los que sus cimas resplandecían bajo los primeros rayos del sol. Me sentía a gusto bajo la ligera mochila, y más sabiendo que el trabajo de hoy no era excesivo y que nos lo podíamos tomar con mucha calma.

Unas cuerdas fijas que dejamos en anteriores intentos facilitaban la escalada de un gran resalte rocoso muy descompuesto y con abundante hielo. Pero de todas formas no resultaba difícil y aprovechamos al máximo la posibilidad de rodar buenos planos y de sacar fotografías en aquella mañana hermosa y transparente.

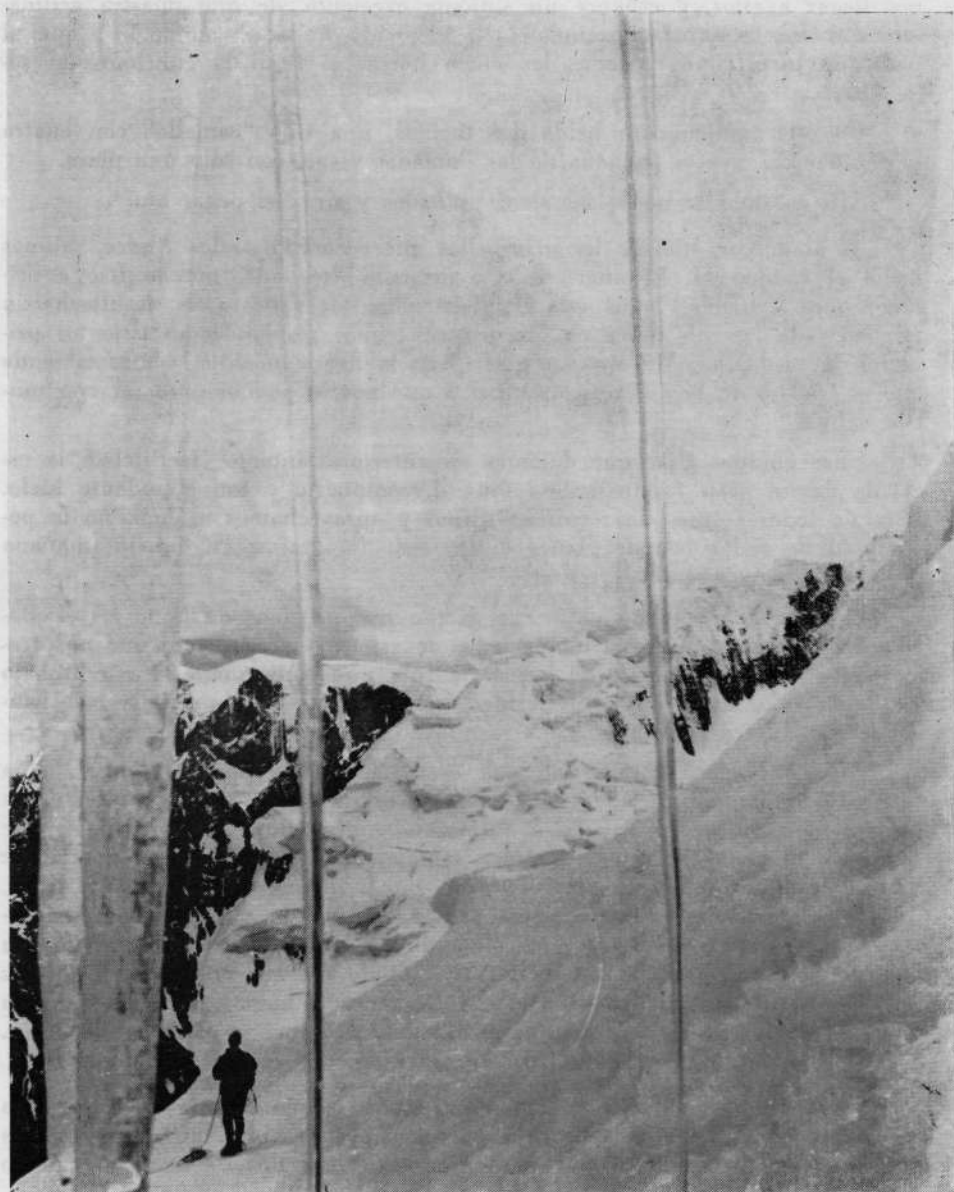
Después de superado el resalte rocoso nos metimos de lleno en el glaciar del Chinchey, que era un dechado de grietas y seracs pero que no ofrecían más dificultad que la de buscar la ruta más conveniente, y este trabajo ya había sido hecho con anterioridad, quedando la ruta marcada con banderitas de colores llamativos.

Era el glaciar lo más bello en este género que hasta entonces había conocido. Debido al fuerte deshielo que se originaba de día y al frío de la noche, colgaban de los seracs y cornisas grandes chupetones de hielo, que a veces numerosos y muy próximos semejaban a los tubos del órgano de una catedral, otras veces como un gran pirulí de caramelo nacían aislados. Abajo, el glaciar inferior me hacía pensar en una de esas fotos de los cráteres lunares. Era como estar en otro mundo todo tan silencioso, todo tan distinto y tan hermosamente bello. El mundo de los mortales, el de las grandes y ruidosas ciudades, el de las pasiones y luchas por cosas que la mayoría de las veces son mezquinas quedaba a muchos años de distancia. Tenía un montón de razones para encontrarme allí completamente a gusto.

Alrededor de mediodía llegamos a la tienda semienterrada que constituía el campo II. Encima el Atunraju parecía muy próximo, aunque sabíamos que aquí las proporciones eran muy grandes y era difícil hacer un cálculo aproximado de tiempo y distancia.

Muy pronto nos metimos todos en la tienda a dormir un rato, aunque creo que nadie lo hizo. En la víspera de lo que pueda ser una gran batalla, hace falta tener unos nervios muy bien templados para dormir tranquilamente.

PYRENAICA



Hacia el Atunraju. Buscando el camino.

Entre vueltas y más vueltas llegaron las 11 de la noche, creo que no había dormido absolutamente nada aunque supongo que sí había descansado. En una semiinconsciencia producida por el frío y por el sueño, hicimos los preparativos.

Las estrellas, como siempre, brillaban puras y su luz era suficiente como para no usar nuestras linternas. Casi al salir del campamento tuvimos un buen motivo para estar todos bien despiertos. Un fuerte Couloir nos hizo trabajar a fondo. Aquello era largo y muy pendiente, pero por otro lado la nieve estaba en excelente estado y se subía relativamente bien, aunque de todas maneras no comprometíamos nuestra seguridad en ningún momento y clavábamos en cada reunión una buena estaca de madera de casi un metro de largo, para asegurarnos.

La ruta que habíamos de seguir, era a base de llegar a la cresta que bajaba del Atunraju lo antes posible y por un sitio ya escogido más o menos de antemano.

En las zonas que eran llanas nos hundíamos en la nieve poco más de la rodilla y resultaba muy penoso avanzar.

El sitio más practicable era siempre, por el que bajaban las avalanchas que a su paso apelmazaban y desplazaban la nieve. Indudablemente de día aquella manera de escalar hubiese resultado expuesta. Pero de noche, como íbamos, era muy improbable que se produjesen aludes, pues el frío intenso los sujetaba bien.

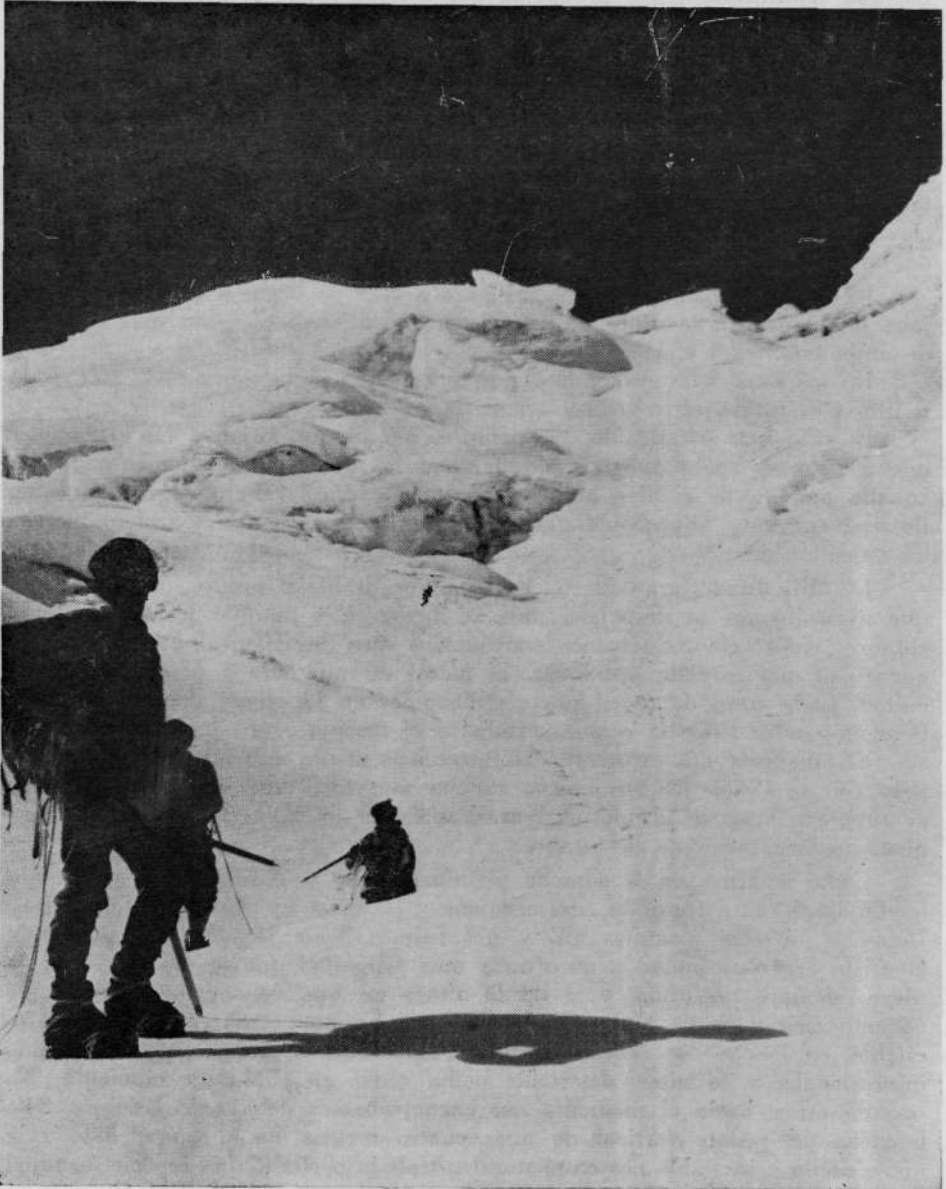
Las dificultades eran fuertes en todo tipo de hielo y nieve, pero a medida que avanzábamos se despejaba más la incógnita y aunque lejos aún de la cumbre, todos, creo, estábamos convencidos que llegaríamos. Era la ventaja que tiene una cordada numerosa, la moral es muy alta a pesar de la dificultad. Cada trozo de pared nos alternábamos en la cabeza de cuerda repartiéndonos entre todos la responsabilidad y el trabajo.

El amanecer nos sorprendió al llegar a la arista, aún lejos de la cumbre, pero con la visión de un terreno mucho más fácil que el que acabábamos de superar. Nuestros altímetros marcaban 5.900 m. Sólo cien metros de desnivel nos separaban de la cumbre.

Como lagartos, en la cómoda plataforma que se forma en la arista, nos tendimos al sol y comimos, descansamos y sacamos un sinfín de fotografías. Dejamos nuestras mochilas allí y nos fuimos hacia la cima. Normalmente la arista era muy ancha y no ofrecía más dificultad que la del estado de la nieve, siempre profunda, y la de la altura en que nos encontrábamos que ya empezaba a pesar. Hubimos de salvar algún que otro resalte afilado, inestable, en los que se sentía bastante miedo, pues a ambos lados el cortado impresionaba y la nieve detestable podía ceder en cualquier momento. No sucedió así y hacia el mediodía nos encontrábamos debajo de la cima. Sólo quedaba un reslate vertical de unos cuatro metros, en el que debido a la nieve suelta e inestable nos costó nuestro trabajo perforar una especie de túnel que nos emergiese en la cima.

No todo podía acabar bien, pues cuando nos hallábamos como artesanos trabajando en nuestro túnel, el tiempo, muy rápidamente, cambió, se echó la niebla y comenzó a nevar suavemente.

PYRENAICA



Sobre el Glaciar del Chinchey.

Siempre es hermoso llegar a la cima de una montaña bajo el sol radiante, poder estar en ella cuanto te apetece y contemplar el valle a los pies. Aquella vez no fue así; apenas distinguía la silueta de Olazagoitia que cerca de mí entre la niebla, como un fantasma, clavaba una estaca de madera para asegurar el descenso. Cada uno, aparte de sus íntimas satisfacciones, lo celebraba como podía. Kirch y yo habíamos prometido fumarnos un cigarrillo en la cumbre y así lo hicimos, mientras Juan Ignacio se empeñaba en captar aquel instante con la cámara.

Vino el descenso largo, interminable, en el collado en que dejamos las mochilas apareció la noche, y con ella el buen tiempo otra vez. Por una parte así era mejor ya que no tendríamos problemas con las avalanchas. A la media noche, después de 24 horas de actividad ininterrumpida, llegamos al campo II.

Y aquella noche dormí plácidamente.